

Comentarios a una crítica. *El monstruo de Frankenstein o los Ludditas; un dilema de la Arqueología.*

La publicación, en 1967, del libro de C.B.M. McBurney; *The Haua Fteah (Cyrenaica) and the stone age of the south-east Mediterranean;* (Cambridge University, Cambridge) ha dado origen a una polémica que,

además del interés natural que tiene el observar las diferencias de opiniones entre los arqueólogos, es importante porque plantea una seria interrogación sobre si el enfoque aceptable de la arqueología incluye la posibilidad de una intensa cobertura estadística.

El trabajo, precedido de un breve prólogo por Grahame Clark, estudia materiales que pasan del medio millón de piezas, de las cuales más de 50,000 son implementos terminados, en un contexto de 60 niveles y pretende hacer un estudio del total del material más bien que de una muestra selectiva. El resultado es un impresionante conjunto de tablas y gráficas que culmina con tres desplegados, de tres páginas cada uno, con la concentración de los datos, agrupados por su frecuencia y porcentaje.

Las reseñas del libro, pocas a causa de su especialización y la lentitud del proceso en las revistas arqueológicas, fueron generalmente favorables, discutiendo sus conclusiones en algunos casos pero estando de acuerdo en que la documentación extensiva del libro era un punto a su favor. Con una excepción: la que, por invitación, publicó Jacquetta Hawkes en *Antiquity* (XLII: 168; diciembre de 1968; 255-62), en forma de un artículo titulado "The proper study of mankind".

La polémica ha resultado más bien de ese artículo que del libro original, motivando una gran actividad epistolar entre los arqueólogos, además de una respuesta, por D.P. Agrawal en la misma revista (XLIV; 174, junio, 1970; 115-9) titulada "Archaeology and the Luddites".

La posición de la doctora Hawkes es absolutamente clara: por varios años se ha estado preguntando cuál es el futuro de la arqueología y, al ver trabajos como el de McBurney, se pregunta si la disciplina, al usar no sólo la estadística, sino toda la tecnología a su disposición, no ha creado un "Monstruo de Frankenstein" que destruirá a su hacedor.

La doctora Hawkes se queja también de que la literatura arqueológica, cada vez más llena de tecnicismos, se aleja de la comprensión de los lectores en general. Una excepción alentadora, para ella, es la de los trabajos de divulgación, aunque anota que está hecha por miembros de su generación, formados en las humanidades.

La autora menciona varios ejemplos además del libro de McBurney; el de Evans y Renfrew: *Excavations at Saliagos* que muestra para ella el mismo defecto de una excavación parcial cuyos resultados son excesivamente elaborados por medio de la estadística. El lenguaje y formato de *Current Anthropology*, lleno de expresiones, que considera oscuras, y de discusiones sobre tópicos demasiado reducidos. Una conferencia acerca de las figurillas de la Diosa Madre donde la ponente no mencionó la historia o las implicaciones psicológicas o religiosas del culto, limitándose a la descripción tipológica de las piezas y la interpretación de Stonehenge I como una computadora.

A los ejemplos anteriores, a los que agrega juicios generalizadores como el descuido que según ella existe con respecto a los "más altos logros" de la humanidad, opone algunos párrafos, como el de Trevelyan donde critica la substitución del ambiente literario por el "seudocientífico" en los círculos históricos, una opinión de Mazar sobre la discrepancia entre sus resultados y los de Kenyon y finalmente, el último capítulo de Ar-

*chaeology from the earth*. Termina con un llamado para que “nuestros ingeniosos aparatos, todas nuestras medidas exactas y análisis estadísticos, no absorban demasiado de nuestro tiempo, energía y amor intelectual. No debemos permitir que siquiera parezcan dominar nuestro campo o ahuyentarán a esos jóvenes, de fuerte imaginación histórica, que debiéramos estar reclutando”.

La respuesta de Agrawal es igualmente contundente: relaciona el artículo comentado con el problema de las dos culturas, como lo planteó Snow. Afirma que la objetivación de la arqueología, contrariamente a la subjetividad que le han inyectado algunos escritores “humanistas”, es positiva. En su examen de la opinión de la señora Hawkes sobre el uso de la estadística llega a la conclusión de que la causa probable de sus aseveraciones es que ella “es alérgica al uso de métodos estadísticos en la arqueología”.

Para Agrawal, “cuando se trata de muchos artefactos, la única manera de llegar a inferencias válidas es a través de la estadística”. Cita la valiosa aportación de algunos autores al hacer uso de la técnica en discusión; habla de la necesidad de publicar los datos en bruto así como el tratamiento estadístico usado, para que otros autores puedan, de ahí, extraer sus propias conclusiones. Da ejemplos de otras disciplinas que han tenido que recurrir a técnicas, al principio alejadas de su propia tradición, para enriquecerse y, finalmente, da la bienvenida a una maduración de la arqueología “donde los medios son científicos y técnicos pero su objeto es reconstruir el pasado”.

La discusión entre los dos autores es muy aplicable a la arqueología mesoamericana. El problema aquí, como en la prehistoria europea parece ser, no de generaciones como lo postula la doctora Hawkes sino de formación del investigador. Está relacionado con la frase casi mística —como la usa la autora— del humanismo en la arqueología. También en nuestro campo se oyen las expresiones “deshumanización”, “descuido del arte que refleja la ideología de los pueblos”, “acumulación de datos apabullantes que hacen más complicada la interpretación”, “no se les entiende por usar un lenguaje lleno de tecnicismo”, etcétera.

No es intención del autor de esta Nota el adoptar la posición extrema de Garvin, en su artículo *The use of computers in anthropology* donde dice que “Antes de la computadora, toda la teoría en las ciencias sociales, era solamente opinión glorificada”, aunque pueden alegarse datos a su favor, pero si debe reconocerse que la llamada formación humanista del arqueólogo moderno es, muchas veces, sólo una forma de justificar su poca preparación, no únicamente en las ciencias sino también en las humanidades. Esto, justificable en épocas en que las ciencias y las humanidades eran dos asuntos totalmente separados, es completamente absurdo en los que han tenido, supuestamente, una educación equilibrada que, también supuestamente, les permite integrar los conocimientos que adquieren a un panorama más amplio en que participan todas las ramas del saber humano y que viven en diario contacto con los resultados de esa integración en otras disciplinas.

Se debe reconocer que el estudio del arte, religión o cualquier otro alto logro de los pueblos, aunque en la mayoría de los casos es sólo un

ejercicio de snobismo aplicado a la historia, está totalmente justificado. Pero ello no excluye, de ninguna manera, otros tipos de estudios, los estadísticos entre ellos, que pueden complementarlo. El enfocar en forma exclusivista un aspecto, dejando los otros a un lado y proclamando que el que se hace es el único aceptable es muy probablemente el resultado del miedo a que otros enfoques muestren las equivocaciones que se tuvieron. El horror al estudio de muchos datos que se puede hacer más fácil aplicando las técnicas —otra vez estadísticas— adecuadas de muestreo es infantil. La arqueología no estudia una casa, una clase social o un personaje sino la cultura o lo poco que queda de ella para su examen. Un enfoque más totalizador es, necesariamente, más completo, más político y debe llevar a conclusiones, que se acercan más a la realidad. Cuantos más datos se tengan más se parecerá el resultado a lo que se estudia. El uso de lenguajes técnicos es el resultado de la incapacidad de los lenguajes formados antes del siglo xvii para expresar conceptos que se están descubriendo en el xx.

El dilema que plantea la doctora Hawkes con su Monstruo de Frankenstein representado por la estadística y que contesta Agrawal al comparar su posición con la de los destructores de máquinas de la Revolución Industrial es además un problema de metas: si el objetivo de la arqueología es producir relatos amenos, altamente subjetivos y bastante fantásticos, tiene razón la primera; si, por el contrario, es el descubrir lo más posible acerca del pasado, aunque éste resulte aburrido, es el segundo el que tiene razón.

Para el suscrito, aunque su parcialidad es clara, las posiciones son demasiado extremas. Aunque la arqueología ha sufrido ya demasiado tiempo las interpretaciones fantásticas, la buena literatura tiene un lugar en ella cuando menos como divulgación. Si es posible el estudio de los fenómenos de la antigüedad y su expresión por medio de la poesía y la música, el arqueólogo debe preparar sus reportes hasta como sonatas u odas con métrica iámbica. Es posible que algunos aspectos del pasado así lo ameriten, como la creación artística de las culturas que estudia. Pero, por otra parte, si el enfoque, frío, aburrido y deshumanizado que da la estadística nos acerca a una reconstrucción mejor, usémosla también. No caigamos en creer que nuestro enfoque, cualquiera que sea, es el único permisible y no nos alarmemos de que otros, jóvenes o viejos, sigan sus exámenes en otras direcciones una de las cuales es la estadística, limitada en su uso solamente por su utilidad para llegar a conclusiones o presentar datos para futuros análisis.

Pero, sobre todo, no reclutemos por medio de falsos cuadros de lo que es la arqueología. Los jóvenes con imaginación histórica de la doctora Hawkes pueden llegar a ser magníficos novelistas, pero deben tener presente que la arqueología, aunque es una aventura llena de maravillosas sorpresas es también, y esto en gran medida, una serie de rutinas, fatigosas y aburridas, en campo y en gabinete que conducen a los descubrimientos. Cualquier otra situación que se describa sería deformar la visión del campo.

JAIME LITVAK KING